

RUDYARD KIPLING, *Límites y renovaciones*, Ed. de Antonio Lastra y Ángeles García Calderón, Cátedra, Letras Universales, Madrid, 2015, 397 pp. ISBN: 978-84-376-3395-4.

ALEXANDER POPE, *Ensayo sobre el hombre y otros escritos*, Ed. de Antonio Lastra, Cátedra, Letras Universales, Madrid, 2017, 321 pp. ISBN: 978-84-376-3711-2.

GEORGE MEREDITH, *El egoísta. Una comedia narrativa*, Ed. de Antonio Lastra, Cátedra, Letras Universales, Madrid, 2019, 673 pp. ISBN: 978-84-376-3991-8

Hay grandes hombres que llevan años trabajando sobre la posibilidad de que el ser humano pueda mejorar, y sobre el modo en que la lectura y la escritura pueden tener parte en dicha mejora. No es el suyo un quehacer original, sino más bien antiquísimo y mil veces retomado por almas valientes. No obstante, cada época necesita de sus propios pioneros y nosotros los nuestros.

En este sentido, cualquiera que dedique unos momentos a seguir el rastro de las novedades editoriales que han ido apareciendo durante las últimas décadas, verá que el trabajo de los traductores no siempre está tomando la senda de la sistematización. Diría incluso que, en el caso de algunos de los mejores, ni siquiera la de la claridad o el didactismo. No es de extrañar, pues, como nos ha enseñando Bernard De Voto, ningún trampero llega al corazón del bosque por caminos abiertos.

En un ejercicio de platonismo más profundo de lo que parece a simple vista, ese rastro de traducciones (y otros rastros no escritos) apunta a lo que podría definirse como el rescate de una gran conversación o, dicho de otra forma, a la creación de una escuela de filosofía. Sin apenas estructuras físicas ni aparato administrativo, esta escuela cuenta, sin embargo, con lo más importante: maestros y alumnos. Ahora bien, estos tienen una característica particular: ni unos ni otros están vivos necesariamente. De hecho los tres autores a cuyas obras atiende esta reseña, que lamentablemente llega tarde para atender a la publicación de dos de ellas, están muertos desde hace mucho.

Mas eso no impide que su incorporación a esta escuela, que es la nuestra, venga acompañada del mismo entusiasmo que pronto se

escuchará de nuevo en los patios de tantas y tantas academias a lo largo del mundo. Las casi mil quinientas páginas que suman estos tres libros hacen retumbar las paredes de esta torre de aprendizaje, llenándolas de las reverberaciones de unas palabras sobre otras. *Límites, renovaciones, ensayo, hombre, escritos, egoísta, comedia, narrativa*. ¿No bastarían estas ocho para el programa de todo un curso (o de toda una vida)? La escuela de la gran conversación, que solo es una de las muchas formas en que toma cuerpo hoy la Academia eterna de la que nos ha hablado el profesor William Altmann, lleva años desarrollando su plan de estudios y abriendo sus puertas a quienes quieren participar de ella; a estos solo se les pide que acepten el método elegido por sus fundadores: leerlo todo con todos y estar dispuestos a aprender leyendo.

Del compromiso de la escuela con su método da fe que, para aquellos que no son capaces de entender a los maestros que vienen de otras aguas, se asegura de que funcione un servicio de traducción simultánea, que lo mismo permite a Thoreau compartir con nosotros sus lances con el somormujo, que a Leo Strauss confundirnos una y otra vez entre los vericuetos de los textos perseguidos. El servicio de traducción de esta escuela ofrece lecciones impagables a un ritmo que los alumnos no siempre pueden seguir, pues sus traductores trabajan como si no les costase, como un «muchacho que recogiera flores en los bosques y campos conforme le salieran a su paso» (*Ensayo sobre el hombre...*, p. 317). Es el caso de los tres textos que abordo aquí y que tienen en común la pertenencia a una de las mejores colecciones editoriales de nuestro país, las *Letras Universales* de Cátedra, y el ser el fruto de la pluma de tres autores británicos, entre otras cosas no menos importantes.

El primero de ellos, *Límites y renovaciones*, es un libro especial. Compuesto por catorce relatos y diecinueve poemas, todo él está marcado por las cicatrices de un tiempo tremendo, en el que no quedó un rincón del mundo, ni de las almas de sus habitantes, sin conmoverse por el terror de la guerra. Desde 1865 a 1936 la vida de Rudyard Kipling tuvo como escenario un universo en descomposición. Desde el orden artificial que la presencia colonizadora de Inglaterra generó en la India de su infancia, hasta las fauces de fuego de la Gran Guerra cuyo apocalipsis tuvo al menos la suerte de no ver. *Límites y renovaciones*, en última instancia, es un libro sobre la muerte y, lo que es más raro y a la vez esperanzador, sobre lo que consigue escapar a su influencia. Sin duda podría haberse titulado, haciendo explícita el impacto del cristianismo y sin temor a equivocar a sus lectores, *Muertes y resurrecciones*. «Así, muerdo diariamente, pero creo que estoy renaciendo lentamente...» (*Límites...*, p. 112).

Ciertamente, ningún lector del Kipling más conocido le asociaría con la muerte, ni podría negar su capacidad para dar cuenta de la vida; el solo recuerdo de un chico a lomos de un búfalo a través de la selva podría

hacerle vibrar de nuevo ante el gozo del encuentro del hombre con la naturaleza. Pero, como entonces, tampoco este Kipling menos conocido escribe de oídas. Lo hace desde su experiencia, poniéndole letra a una música que suena desde su interior como el aullido del lobo ante un hijo muerto, un sonido lúgubre y sereno a la vez. Quizás por eso este es un libro esotérico hasta un punto inaudito. Un texto que sugiere en cada página que no podía expresar sin más, hablando a las claras, todo cuanto su autor quería decir. Como en esas afasias más o menos profundas que afectan a los supervivientes de la guerra, *Límites y renovaciones* quiere decir mucho más de lo que dice y lo hace como puede. De ahí que el lector, si ha olvidado que está como un alumno en manos de un maestro, pueda sentirse perdido entre las referencias oscuras que abundan por doquier y ceder a la tentación de rechazar la invitación del autor a ir más allá. Sin embargo, si lee con su confianza entera, apreciará que es verdad que se necesitan una intensa experiencia vital y una profunda cultura literaria para vislumbrar con claridad la altura y la profundidad que se esconden tras el aullido de Kipling, pero se sentirá invitado a conseguir las haciendo del estudio, la reflexión y el examen un modo de vida. Esta nueva edición en castellano tiene la virtud de incluir, para quienes permanezcan perplejos después de la lectura, una pequeña guía por parte de los traductores, cuya compañía se agradece sobremanera para vencer las dificultades de esta iniciación apasionante pero no sencilla.

En cuanto a *Ensayos sobre el hombre y otros escritos*, debo decir que al traducir a Alexander Pope, Antonio Lastra incorpora al claustro de la escuela de la gran conversación a un profesor del máximo nivel, a alguien grande, a quien, si los directores están dispuestos a escuchar sugerencias, les recomendaría que le encomendasen la asignatura de «Propedéutica para las Humanidades» en primer curso, o incluso el «Curso cero» para aquellos que aspiran a formar parte de la escuela. Juzgue el lector por sí mismo si estas palabras, las primeras con las que se abre el libro en el poema *Oda a la soledad*, no bastan para dar soporte a mi recomendación: «Feliz el hombre cuyos anhelos e inquietudes/ se encierran entre unos pocos acres paternos,/ contento de respirar el aire de su infancia/ en su propia tierra./ [...] Bendito aquel que puede vivir sin cuidado/ viendo pasar tranquilo horas, días y años;/ rebosante de salud y serena la actitud,/ tranquilo durante el día./ El sueño de noche, el estudio y la calma/ se unen entre sí, en dulce recreo, y la inocencia, que tanto satisface/ con la meditación.» (p. 39). Juro que no dudaría en confiar mis hijos (¡ojalá estos quisieran escucharle!) a un maestro que les indica semejante meta y que como herramientas les ofrecerá la lectura de Shakespeare, la *Iliada* y la *Odisea*.

Como sucediera con el libro de Kipling, también esta antología de la obra de Pope puede hacer verdad aquel viejo dicho de Hesíodo, que la virtud tiene ante sí el sudor, pues seguramente no resultará familiar a los

oídos de muchos de los lectores de hoy el ritmo de su métrica clásica, ni las imágenes con las que adorna su prosa. Pero el mismo Pope avisa a su lector para que no caiga en la comodidad del menosprecio o la chanza, pues «todos los tontos tienen el deseo de burlarse»: «[tú] debes conocerte y saber hasta dónde llegas,/ hasta dónde alcanzan tu genio, gusto y conocimiento;/ no traspases tu límite, sé discreto» (p. 67). Como la de todo libro que no está deliberadamente compuesto por su autor, la lectura de esta obra puede padecer en alguna ocasión la sensación de avanzar a saltos, y no solo por el hecho de intercalar prosa y poesía. Sin embargo, el tono que lo atraviesa, una mezcla de sabiduría, elegancia y esa pizca de orgullo que acompaña a toda verdadera humildad, ofrece una continuidad de sentido y expresión que permite superar cualquier brecha y percibir la presencia del autor como un todo.

Finalmente, publicada en este año 2019, llego, incapaz de presentar como se merece a ninguna de las tres, a la última obra: *El Egoísta. Una comedia narrativa*, de George Meredith. La más extensa de este trío, es también la única que desarrolla un solo hilo argumental y que se desenvuelve en una línea narrativa al uso. Ambientada en la Inglaterra rural de finales del siglo XIX, *El Egoísta* nos hace compañeros de viaje de un pequeño grupo de personajes que más parecen prisioneros que habitantes de la aparentemente apacible casa de Patterne Hall. Créame el lector cuando le digo que aquí, al ir conociendo a Leticia Dale y Clara Middleton, a Vernon Whitford y a Horacio De Craye, al joven Crossjay y al doctor Corney, y sobre todo a Willoughby Patterne, encontrará motivos para replantearse qué es una comedia y qué una tragedia, y qué tienen que ver ambas palabras con lo que vivimos los que estamos sujetos a las alegrías y los desvaríos del amor propio y ajeno.

Con la misma cáscara que cualquier historia de amor superficial, Meredith cubre un texto que toca todas esas cuestiones que hoy, ciento cuarenta años después de su publicación, siguen despertando el interés de nuestra sociedad: la relación entre las mujeres y los hombres y el lugar que en ella tiene el matrimonio, la desigualdad en el acceso de los hombres a la riqueza y la educación, o el uso del poder por parte de quienes lo tienen, y también, en mi opinión la fundamental, la pregunta por la posibilidad de llegar a ser alguien mejor de quien se es. Esta última cuestión la encarna la dulce Clara Middleton, con un recuerdo apenas velado de la *Anábasis* de Jenofonte, cuando en un paseo memorable se dirige a Vernon Whitford para decirle: «—Si habla de una manera tan estimulante imaginaré que estamos cerca de un ascenso. —Me gustaría que fuera así—dijo él.» (*El Egoísta*, p. 180). Algo muy parecido podría decirle yo mismo a George Meredith después de leer su obra, que no solo ha estimulado mi sed de conocimiento y de ser mejor, sino que me ha hecho disfrutar sufriendo por esos seres que ahora ya no son solo imaginarios, y pasar las páginas todo lo deprisa que mis ojos me

permitían, anhelando conocer el desenlace de su historia, como lo hicieron en mi adolescencia tantos libros inolvidables. Quizás en eso, en haberme hecho sentirme adolescente (cambiante) de nuevo, encuentro el mayor mérito de *El Egoísta*.

Como verán quienes se adentren en ellas, con estas tres traducciones, que permiten a sus lectores asomarse a un periodo de la literatura inglesa que ocupa nada menos que cuatro siglos (XVII-XX), Antonio Lastra nos ha regalado mucho más que tres textos magníficos. En estos tiempos confusos, en los que el canal de la Mancha se hace más ancho y profundo cada día, parece que ya no se escuchan las voces que hace tan poco salvaron del infierno al desnudo cachorro europeo: «¡Mirad bien, lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con los mandatos de cualquiera que no sea el mismo Pueblo? ¡Miradlo bien!». Con su trabajo, y a pesar del desvarío de la manada, nuestro profesor nos permite recordar porqué para nosotros es imprescindible, una vez más, aceptar con gozo la herencia de estos hijos de Albión.

Juan D. González-Sanz
orcid.org/0000-0002-4344-8353